



Trabajo Social y Campo Posmoderno: crítica de sus proposiciones en torno a la intervención profesional

Social Work and Postmodern Field: critical of its proposals about professional intervention

SERGIO DANIEL GIANNA*



RESUMEN – El trabajo que aquí se presente tiene por finalidad el análisis y crítica de una de las tendencias contemporáneas en el Trabajo Social argentino: el campo posmoderno. Para ello, resulta fundamental el estudio y análisis de las principales determinaciones que presenta el campo posmoderno en las ciencias sociales, en particular, sus consideraciones en torno a la modernidad, la transición a un nuevo estadio de la sociabilidad, de carácter posmoderno, y la función que ejerció y ejerce la ciencia en la actualidad. Esto, permite identificar las mediaciones existentes entre éstas proposiciones teóricas y la configuración de un campo posmoderno en el Trabajo Social y como se generan un conjunto de proposiciones teóricas, políticas y éticas en torno a la intervención profesional.

Palavras-chave – Trabajo Social. Debate Contemporáneo. Campo posmoderno. Intervención profesional.

ABSTRACT – This work aims to analyze and criticize one of the contemporary trends within the Argentine Social Work: the postmodern field. For such purpose, it is essential to study and analyze the major decisions offered by the postmodern field as regards social sciences, particularly its considerations concerning modernity, the transition to a new postmodern state of sociability, and the function exercised by science in the past and today. This enables to identify the existing mediations between these theoretical proposals and the configuration of a postmodern field within the Social Work as well as how a number of theoretical, political and ethical proposals emerge around the professional intervention.

Keywords – Social Work. Contemporary Discussion. Postmodern field. Professional intervention.

* Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (FCS-UBA), docente de la materia Epistemología de las Ciencias Sociales Universidad Nacional de La Plata (FTS-UNLP) y becario post-doctoral de lo Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. *E-mail:* sdgianna@gmail.com
Submetido em: fevereiro/2015. *Aprovado em:* junho/2015.

El artículo se propone abordar el estudio del campo posmoderno dentro del Trabajo Social argentino y su influencia en el debate contemporáneo que se viene desarrollando en el marco de la profesión. En ese sentido, existen un conjunto de producciones teóricas vinculadas a esta tendencia teórica de las ciencias sociales y de la que se desprende un conjunto de proposiciones teóricas, éticas y políticas en torno a la intervención profesional de los trabajadores sociales. En otras palabras, el trabajo pretende analizar las mediaciones existentes entre los elementos generales del campo posmoderno y las concepciones en torno a la intervención profesional que asumen los autores adherentes a dicha visión teórica.

Para ello, en un primer momento, se recuperarán algunos elementos generales en la constitución del campo posmoderno en las ciencias sociales y sus principales aspectos teóricos. Aquí se abordarán los aportes teóricos que han venido planteando Lyotard y Sousa Santos en torno a una ciencia o programática posmoderna.

Mientras que, en segundo lugar, se analizará críticamente la influencia de dicho campo posmoderno en el Debate Contemporáneo del Trabajo Social argentino, principalmente, considerando cuales son las principales implicancias teóricas en el modo en que estos autores conciben al Trabajo Social y a la intervención profesional.

Finalmente, cabe resaltar que aquí se presentan algunos de los resultados alcanzados en los estudios doctorales realizados en el Doctorado en Ciencias Sociales (UBA).

El campo posmoderno en las ciencias sociales

El estudio de la conformación del campo posmoderno en las ciencias sociales sólo puede abordarse a partir del marco socio-histórico particular en el que éste se desarrolla, ya que las distintas formas de conciencia humana no pueden entenderse únicamente desde sus elementos inmanente, sino a partir de la sociabilidad concreta en la que ésta se desenvuelve. Es decir, a diferencia de aquellas concepciones que conciben la historia de la filosofía y de la ciencia como la historia de la personalidad de sus pensadores o que abordan *in abstracto* los sistemas filosóficos, Lukács propone una manera distinta de analizar estos complejos sociales, ya que es “[...] el desarrollo de las fuerzas productivas, el desarrollo social, el desenvolvimiento de la lucha de clases, el que plantea los problemas a la filosofía y señala a estos los derroteros para su solución (1959, p. 3).

Esto significa que la filosofía y la ciencia no poseen una historia propia, por el contrario, éstas adquieren significado dentro de un período histórico concreto y expresan un conjunto de problemáticas y aspectos esenciales relacionados al marco societario en el que se insertan. Dirá Netto al respecto, “[...] en la historia de los problemas estudiados por la filosofía está también contenida la historia de los propios problemas. Esto hace que la historia de la filosofía se legitime en la articulación de una filosofía de la historia [...]” (1978, p. 64).

Por ello, el campo posmoderno se configura dentro de un conjunto de transformaciones societarias que inciden de manera mediada en sus proposiciones teóricas. Las mismas refieren, en primer lugar, a determinadas *condiciones económicas*, representadas por el agotamiento del ciclo expansivo de la economía mundial capitalista y la conformación de una estrategia política a nivel global que articula la reestructuración productiva, la financiarización de la economía mundial y la ideología neoliberal (HARVEY 2004, NETTO Y BRAZ 2007). En segundo término, se producen ciertas *condiciones políticas*, dadas por el cierre de una fase pre-insurreccional, durante el período 1966-1976, y la crisis del Estado de Bienestar y del socialismo real, lo que generaliza un clima de derrota y un reforzamiento de las tendencias individualistas y hedonistas que se encontraban presentes en los movimientos contraculturales de los años

sesenta y setenta (NETTO 1993, EAGLETON 1997). Y, en tercer lugar, ciertas condiciones socio-culturales, con la aparición de nuevos patrones de sociabilidad ligados a los nuevos movimientos sociales que transforman las identidades y costumbres (JAMESON, 1997), la expansión de las prácticas culturales de una “nueva clase media” (CALLINICOS, 1993) y de un “contingente de intermediarios culturales” que desarrollan una sociabilidad basada en la estetización de la vida y la liberación emocional (FEATHERSTONE, 2000).

Serán este conjunto de determinaciones económicas, políticas, sociales y culturales las que lleve al campo posmoderno a señalar un diagnóstico de época: la aparición de una nueva fase o estadio en la sociedad que genéricamente se denominó de “posmoderno”. Es decir, la posmodernidad se configurará como una respuesta teórica a las transformaciones societarias que se vienen produciendo hace ya cuatro décadas, pero la misma contiene una cualidad distintiva: existen un conjunto de atributos generales y comunes a todos los autores que forman parte de dicha matriz teórica, pero, al mismo tiempo, existen fuertes distinciones en lo que hace al modo de concebir la modernidad y el conjunto de proposiciones que marcan una propuesta ante la supuesta crisis de la modernidad. Esto es lo que lleva a Netto (2004) a afirmar que no existe una teoría posmoderna, sino un campo posmoderno en la que coexisten tendencias posmodernas diferenciadas.

Esta distinción inclusive será planteada por un autor adherente al propio campo posmoderno, quien señala que existe una *posición posmoderna reconfortante*, ya que al “[...] no haber soluciones modernas es indicativo de que probablemente no hay problemas modernos, como tampoco no hubo antes de ellos promesas de la modernidad” (SOUSA SANTOS, 2002, p. 29). Este tipo de posmodernismo se habría quitado de encima una falacia histórica: la propia modernidad es un invento y es necesario despojarse de la misma para pensar la sociedad actual. Mientras que, por otro lado, existe una *posición posmoderna inquietante o de oposición*, que recalca que hay una “[...] disyunción entre la modernidad de los problemas y la posmodernidad de las posibles soluciones [...]” (SOUSA SANTOS, 2002, p. 29).

Aquí se observa con claridad, mediante su contraste, la distinción entre las dos tendencias fundamentales que existen dentro del campo posmoderno y que se vincula con su diagnóstico particular de la modernidad: para el primero, la modernidad es una falacia y la única alternativa es salir de ella, mientras que la segunda reconoce la existencia de la modernidad y ésta ha entrado en crisis, ya que la sociedad actual enfrenta problemas heredados de ésta y su salida o solución es posmoderna, siendo una respuesta de nuevo tipo. Así, se retomarán los planteos de Lyotard, que podrían ubicarse dentro del campo posmoderno reconfortante, y finalmente se abordará la propia obra de Santos como expresión del posmodernismo de oposición.

La obra de Lyotard *La condición postmoderna*, publicada en 1979, es considerada como la piedra fundacional de la posmodernidad en las ciencias sociales. La misma, toma como punto de partida una visión específica en torno a la modernidad, ya que “[...] el proyecto moderno (de realización de la universalidad) no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, “liquidado”” (LYOTARD, 1996, p. 30). Es decir, para Lyotard la “liquidación” de la modernidad, y su “no realización trágica [...]” (1996, p. 30), expresa no sólo la desaparición de las problemáticas modernas y de cualquier ideario ligado a éste, acercándose al campo posmoderno reconfortante, sino que advierte que éstos se encontrarían obsoletos, al ingresar la sociedad en un nuevo estadio: la sociedad post-industrial, basada en una producción orientada a los servicios y a la utilización del conocimiento teórico y las “tecnologías intelectuales”, que habría introducido significativos cambios en el estatuto del saber, ya que “[...] la naturaleza del saber no queda intacta [...] Se sabe que el saber se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción” (LYOTARD, 1991, p. 12).

En otros términos, se habría producido un triple proceso: en primer término el ocaso y cese de la modernidad; en segundo lugar la conformación de una sociedad post-industrial y en tercera medida la aparición de una cultura posmoderna. Será en el marco de esta última que el estatuto del saber científico se habría transformado, ya que la posmodernidad “Designa el estado de la cultura después de las

transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes [...]” (LYOTARD, 1991, p. 7).

Dichas transformaciones serían la resultante de una creciente incredulidad en aquellos metarrelatos que habrían actuado como legitimantes de las ciencias. Lyotard (1991) señala que la ciencia se contrapone a otros tipos de relatos que llamará narrativos y como el primero tiene por fin la búsqueda de lo verdadero, esto requiere de un proceso de legitimación de sus reglas de juego. Según el autor, “Cuando este metadiscurso recurre explícitamente a tal o tal otro gran relato [...] se decide llamar “moderna” a la ciencia que se refiere a ellos para legitimarse” (LYOTARD, 1991, p. 7)¹. Estos metarrelatos bregan de la fuente del Iluminismo, en su búsqueda de la emancipación racional del hombre, y el Idealismo Alemán, que plantea el devenir de la Idea.

Son estos metadiscurso-metanarrativas los que legitiman ciertas prácticas, formas de pensar e instituciones, ya que éstas son las que aportan un valor de verdad a las reglas de consenso, de la comunidad científica, entre el destinador y el destinatario. Estas reglas de juego son las que hacen que “[...] un enunciado deba presentar tal conjunto de condiciones para ser aceptado como científico” (LYOTARD, 1991, p. 17). Según Anderson (1998), la crisis de la ciencia moderna sería la resultante del desarrollo de la ciencia y la complejización de ésta, que conduce a una proliferación en los argumentos, y la creciente tecnificación de la demostración, que reduciría la verdad a una performatividad.

Estos elementos son los que permitirán a Lyotard afirmar que existen un conjunto de saberes plurales, denominados por el autor como juegos del lenguaje, que coexisten entre sí de manera heterogénea y de los cuales ninguno de ellos puede reclamar la hegemonía o primacía de unos sobre los otros. Es decir, la crisis de los metarrelatos habilita el reconocimiento de esta heterogeneidad y, al mismo tiempo, se produce una expansión y preeminencia del componente comunicacional en la sociedad posmoderna, que hace que los lazos sociales se diversifiquen y multipliquen en estos juegos del lenguaje. Según Lyotard,

No pretendemos que toda relación social sea de este orden [alude a los juegos del lenguaje], eso quedará aquí como una cuestión pendiente; sino que los juegos de lenguaje son, por una parte, el mínimo de relación exigido para que haya sociedad, y no es preciso recurrir a una robinsonada para hacer que esto se admita [...] la cuestión del lazo social, en tanto que cuestión, es un juego del lenguaje, la de la interrogación, que sitúa inmediatamente a aquél que la plantea, a aquél a quien se dirige, y al referente que se interroga: esta cuestión ya es, pues, el lazo social (1991, pp. 27-28).

En ese sentido, el lazo social “Solo da lugar a una institución por capas, es el determinismo local” (LYOTARD, 1991, p. 8). Esto lleva a plantear al autor que los lazos sociales son múltiples y diversos entre sí y los lazos particulares y singulares se oponen a la existencia de un lazo general y universal. Al mismo tiempo, éstos lazos sociales locales funcionan bajo un conjunto de condiciones, entre las que se destacan: a) la existencia de un contrato explícito o implícito entre sus jugadores; b) no hay juego del lenguaje sin reglas y c) los jugadores hacen sus jugadas y contrajugadas, ya que “[...] hablar es combatir, en el sentido de jugar” (LYOTARD, 1991, p. 20).

Con ello, el juego del lenguaje de la ciencia tiene sus reglas propias, establecidas por la comunidad científica, y los jugadores realizan jugadas y contrajugadas para modificar o conservar las reglas de juego. Así, el destinador instauro un discurso que pretende dar pruebas de sus afirmaciones, mientras que su destinatario puede otorgar validez al mismo o negarlo. Desde esta óptica, “La verdad del enunciado y la competencia del que lo enuncia están, pues, sometidas al asentimiento de la colectividad de iguales en competencia” (LYOTARD, 1991, p. 38). Para Lyotard el consenso nunca es algo adquirido, sino un horizonte, un estado de discusión permanente.

La ruptura con la posibilidad del consenso habilita a revisar otros aspectos propios de la modernidad: la concepción de una historia universal es puesta en cuestión por Lyotard (1996), ya que es una mera idea que dominó el siglo XIX y XX junto a la emancipación, términos que colonizaron bajo lo universal a lo particular. Utilizando una metáfora lingüística, el autor advierte: “[...] el movimiento de la modernidad consiste en que el tercero que, en principio, es exterior a nosotros en tanto formamos parte de la vanguardia emancipadora, acabará por incorporarse a la comunidad de hablantes actuales (primera persona) o potenciales (segunda persona)” (LYOTARD, 1996, p. 37). Así, hablar de un “nosotros” tiende a ocultar a los terceros y las diferencias, por ello, a futuro, “[...] toda tercera persona estará prescripta por definición [...]” (LYOTARD, 1996, p. 37).

Este excursus es el que conduce a Lyotard a plantear dos aspectos alternativos a la razón moderna, por un lado, concebir a la posmodernidad no como un movimiento de repetición o de vuelta atrás, sino de “[...] anamnesis, de anagogía y de anamorfosis, que elabora un olvido inicial” (1996, p. 93) que permita “[...] llevar el duelo de la emancipación universal prometida por la modernidad [...] elaborar [...] no sólo la pérdida de este objeto sino también la pérdida del sujeto a quien le había sido prometido aquel horizonte” (1996, p. 39). Por otro lado, la única posibilidad que le queda a la ciencia, al resignar su predominancia respecto a otras formas de saber, es la paralogía, que apunta a “Cambiar el sentido de la palabra saber, y dice cómo puede tener lugar ese cambio. Produce, no lo conocido, sino lo desconocido. Y sugiere un modelo de legitimación que en absoluto es el de la mejor actuación, sino el de la diferencia [...]” (LYOTARD, 1991, p. 82).

En síntesis, la posmodernidad de celebración de Lyotard recalca la falacia de la modernidad, sustentada por metarrelatos justificadores de la realidad y que habrían ocultado las situaciones de opresión, explotación y dominio existen en la misma, generando una homogeneización de las diferencias y las particularidades a partir de lo universal y general. De este modo, para poder pensar en torno a la realidad se vuelve fundamental salirse de los moldes modernos, ya que, al mismo tiempo, se produce una transformación societaria, basada en la sociedad post-industrial, que permitiría cambiar el rumbo de la ciencia y de su función social, pasando de justificar lo existente a reconocer y aceptar lo diverso y plural, cuya base de sustentación no se da por cualquier contenido objetivo en torno a la realidad, sino por un acuerdo intersubjetivo entre los jugadores que juegan el juego del lenguaje de la ciencia.

A diferencia de Lyotard, Sousa Santos propone la creación de una teórica crítica de carácter posmoderno, al reconocer que existiría una transición paradigmática en dos niveles: el epistemológico y el social, ya que

[...] por debajo de un brillo aparente, la ciencia [...] se ha convertido ella misma, en un problema sin solución, generador de irracionalidades recurrentes. Hoy pienso que esa transición paradigmática, lejos de confinarse al campo epistemológico, se presenta en el campo social global: el proceso de civilización instaurado por la conjunción de la modernidad con el capitalismo y, en consecuencia, por la reducción de las posibilidades de la modernidad a las posibilidades de capitalismo, entró aparentemente a su etapa final (SOUSA SANTOS, 2006a, p. 35).

Este diagnóstico de época responde a un modo peculiar de entender la modernidad y la crisis actual que atraviesa la misma. En ese sentido, Sousa Santos sostiene que la modernidad estaría constituida por un doble pilar, el de la regulación, constituido por el Estado, el mercado y la comunidad, y el de la emancipación, basado en una racionalidad cognitivo-experimental, una racionalidad moral-práctica y una racionalidad estético-expresiva. Será la dinámica de ambas racionalidades la que lleve al autor a concebir la crisis de la modernidad: por un lado, se habría producido una transformación en los pilares de la modernidad, al volverse el pilar de la emancipación un segundo pilar de la regulación, al ser absorbido el primero por el segundo y, por otro, la modernidad habría cumplido en excesos ciertas promesas y se

encuentra incapacitado para cumplir en la actualidad aquellas promesas históricas incumplidas (SOUSA SANTOS, 2006a).

Con la conformación de un capitalismo desorganizado en la década del setenta se vislumbra la crisis de los fundamentos de la sociabilidad moderna, basada en un contrato social, ya que éste es un

[...] meta-relato sobre el que se asienta la moderna obligación política. Una obligación compleja y contradictoria por cuanto establecida entre hombres libres y con el propósito [...] de maximizar, y no de minimizar, la libertad. El contrato social encierra, por lo tanto, una tensión dialéctica entre regulación social y emancipación social, tensión que se mantiene merced a la constante polarización entre voluntad individual y voluntad grupal, entre interés particular y bien común (SOUSA SANTOS, 2006c, p. 7).

Esta crisis de la modernidad, como meta-relato y sus pilares, ya expresa una distinción respecto a Lyotard. Si para éste la modernidad es una falacia, para Santos la modernidad existió y existe en la actualidad bajo su forma de crisis, que plantea problemáticas reales y la necesidad de soluciones alternativas. No obstante, un punto en común entre ambos autores refiere a que ambos reconocen que ante la existencia de cambios en las prácticas sociales se generan determinadas innovaciones en las formas de conocer, ya que “[...] una transformación profunda en los modos de conocer, debería estar relacionada [...] con una transformación igualmente profunda de los modos de organizar la sociedad” (SOUSA SANTOS, 2006a, p. 1)

Es bajo este marco que Santos se propone reinventar una teórica crítica posmoderna, que tendría ciertas cualidades distintivas respecto a la teoría crítica moderna. Un punto fundamental de distinción remite a la categoría totalidad, ya que

No es posible hoy una epistemología general, no es posible hoy una teoría general. La diversidad del mundo es inagotable, no hay teoría general que pueda organizar esta realidad. Estamos en un proceso de transición y probablemente lo posible sea aquello que llamo un universalismo negativo: en este momento, en este tránsito, no necesitamos de una teoría general (SOUSA SANTOS, 2006b, p. 32).

La ruptura con la totalidad coincide con el cuestionamiento, por parte de Santos, de dos tópicos centrales en la teoría crítica moderna: en primer término, la distinción entre apariencia y esencia, ya que la apariencia sería la “[...] no realidad, la ilusión que crea obstáculos para la inteligibilidad de lo real existente. De ahí que la ciencia tenga como objetivo identificar-denunciar la apariencia y sobrepasarla para alcanzar la esencia, la verdad sobre la realidad” (SOUSA SANTOS, 2002, p. 434). Según el autor, esto habría conducido a un epistemicidio, en la medida que se produce la descalificación de todas las formas de conocimiento “[...] extrañas al paradigma de la ciencia moderna bajo el pretexto de ser conocimiento tan sólo bajo las apariencias” (SOUSA SANTOS, 2002, p. 435). Mientras que el segundo tópico produjo una agudización de la racionalidad instrumental de la modernidad, al reducir la naturaleza “[...] a una materia prima sobre la cual el hombre soberano inscribe el sentido histórico del proceso de desarrollo” (SOUSA SANTOS, 1989, p. 66), cuando, en realidad, la naturaleza se vuelve cada vez más social y se confunde ésta con la otra. Así, se propone la superación entre las ciencias naturales y sociales, propias del paradigma moderno de la ciencia, en la medida que “[...] la naturaleza en cuanto objeto de conocimiento fue siempre una entidad cultural y que, por eso, las ciencias dichas naturales fueron sociales” (SOUSA SANTOS, 2002, p. 85).

Estos elementos criticados por Santos en torno a la teoría crítica moderna se enmarcarían dentro de la crisis de la razón moderna, llamada por el autor de razón indolente. La misma, estaría constituida por dos razones: la proléptica y la metonímica. La primera, refiere a la capacidad de concebir el futuro desde el presente, basada en una idea de progreso y de futuro definido en base al crecimiento y desarrollo económico (SOUSA SANTOS, 2006b). Mientras que la segunda remite a aquellas concepciones que

confunden la parte con el todo, generando una visión de totalidad homogénea y sin interesarse por “[...] lo que queda por fuera de esa totalidad” (SOUSA SANTOS, 2006b, p. 20).

Así, frente a una razón moderna que contra el presente y expande el futuro y homogeneiza lo diverso, Santos propone una expansión del presente y un reconocimiento de lo diverso y heterogéneo. Frente a una racionalidad global, propia de la modernidad y que progresivamente se volvió una irracionalidad global, el autor destaca que “Es posible reinventar las mini-racionalidades de la vida de modo que ellas dejen de ser partes de un todo y pasen a ser totalidades presentes en muchas partes” (SOUSA SANTOS, 2006a, p. 119).

Las mini-racionalidades realizan una doble ruptura epistemológica. La primera se produce entre el sentido común y la ciencia y “[...] por la transformación de la relación yo/tu en relación sujeto/objeto, una relación hecha de distancia, extrañamiento mutuo y de subordinación total del objeto al sujeto [...]” (SOUSA SANTOS, 1989, p. 34). No obstante, las mini-racionalidades deben superar esta primera ruptura epistemológica y propugnar una segunda:

[...] el sentido común solo podrá desenvolver plenamente su positividad en el interior de una *configuración cognitiva* en que tanto él como la ciencia moderna se superen a sí mismos para dar lugar a otra forma de conocimiento. De ahí, el concepto de doble ruptura epistemológica: una vez hecha la ruptura epistemológica con el sentido común, el acto epistemológico más importante es la ruptura con la ruptura epistemológica (SOUSA SANTOS, 1989, p. 41).

De este modo, las mini-racionalidades deberían impulsar una transformación en la ciencia y el sentido común, haciendo del primero una ciencia prudente y del segundo un sentido común esclarecido (SOUSA SANTOS, 1989). Para que ello sea posible, son fundamentales dos criterios: el primero, el reconocimiento de una multiplicidad de saberes y entre los cuales no prima uno sobre otro, sino que es fundamental un proceso de traducción de saberes, creando “inteligibilidad sin destruir la diversidad” (SOUSA SANTOS, 2006b, p. 32) y conformando una ecología de saberes múltiples que supere las monoculturas. Mientras que el segundo criterio remite a la conformación de una nueva relación entre ciencia y arte, siendo necesario “[...] una combinación dinámica de géneros, en que la relación plena de la ciencia es también su disolución en el reino más extenso del arte, del sentimiento estético y de la vivencia lúdica” (SOUSA SANTOS, 2006a, p. 436) y como “[...] narrativa no ficcional, [la ciencia] tiene un grado menos de creatividad pero, precisamente, es sólo una cuestión de grado lo que la distingue de la ficción creativa (Sousa Santos, 2006a, p. 436). Esta combinación de géneros, entre el arte y la ciencia, lleva a Santos a considerar que “Toda ciencia es interpretativa [...]” (1989, p. 90) y que el conocimiento que ésta produce y su carácter de verdad es esencialmente retórico. En términos del autor,

Para esta forma de conocimiento, la verdad es retórica, una pausa mítica en una batalla argumentativa continua e interminable trabada entre varios discursos de verdad, es el resultado siempre provisorio de una negociación de sentido realizada en un auditorio relevante que, en la edad moderna, fue la comunidad científica o, mejor dicho, una pluralidad de comunidades científicas (SOUSA SANTOS, 2002, p. 96).

Junto a esta renovación de la teoría crítica es necesario generar una nueva emancipación y una nueva subjetividad, volviéndose central la creación de subjetividades rebeldes capaces de unificar los elementos racionales (logos) con aspectos emocionales, de la fe (mito). Esta ciencia posmoderna, y esta nueva subjetividad, conformarían una “epistemología del sur”, la cual, debe apuntar a “[...] pensar por fuera de la totalidad” (SOUSA SANTOS, 2006b, p. 22), proponiendo una “[...] deslocalización radical dentro de un mismo lugar, el nuestro. Una deslocalización de la ortotopía hacia la heterotopía, del centro hacia el margen” (SOUSA SANTOS, 2006, p. 426).

Antes de ingresar en el análisis del campo posmoderno del Trabajo Social argentino, resulta fundamental realizar algunas observaciones críticas en torno a los planteos de Lyotard y de Sousa Santos, colocando como foco de análisis las concepciones que poseen estos autores en torno a la realidad y de ciencia.

Tal vez un aspecto en el que coinciden ambos autores, aunque con diferentes niveles de profundidad, es en una tendencia a la semiologización de lo real (NETTO, 1996), en la medida que el campo posmoderno plantea la ruptura entre el referente y el significante e instalando en el campo de la ciencia una construcción plenamente subjetiva, en la medida que es una comunidad de subjetividades -la comunidad científica- la que establece la veracidad de las afirmaciones y los criterios de éstas. Al respecto, Eagleton advierte que “[...] en esta teoría resulta imposible decir sobre qué clase de mundo versan nuestro discurso o nuestras creencias [...] Dado que los hechos son productos del discurso, sería circular comparar nuestros discursos con ellos” (1997, p. 66-67).

Con esta “circularidad” de discursos que construyen discursos, lo que subyace es la desaparición de los “hombres de carne y hueso” y la aparición de figuras fantasmales que, aún sin darse cuenta, habitan y se mueven por textos diferentes. La realidad sería una hiper-realidad, un entrecruzamiento de imágenes e interpretaciones y redes de comunicaciones lingüísticas en las que el lenguaje se compone de una pluralidad de juegos del lenguaje y en la que la ciencia no puede tener ningún privilegio ni superioridad respecto a otros discursos o formas del lenguaje. Así, no habría una única razón, sino mini-racionalidades que instalan nuevas y diversas narrativas y la verdad es apenas una retórica basada en la construcción de consensos de una comunidad científica que determina que forma parte y que no de este nuevo conocimiento.

Este escenario sería producto de un conjunto de transformaciones societarias en curso (sociedad post-industrial o transición paradigmática) y traerían consigo un conjunto de consecuencias en el modo de hacer ciencia. La primera de ellas, remite a la necesidad de “desheredar” determinadas categorías teóricas. Por ejemplo, se considera la categoría totalidad como algo anacrónico, en la medida que no es una categoría que permita pensar el mundo fragmentado, diverso y heterogéneo. Con ello, el campo posmoderno se ve imposibilitado de analizar las mediaciones existentes entre las partes y la totalidad, ya que, como advierte Lukács (1981), es la totalidad el momento predominante respecto a sus complejos sociales parciales y es dentro de éste que adquieren su significado y función social. Del mismo modo, el criterio de verdad ya no se vincula al inmanentismo (LUKÁCS, 1966) ni al carácter desantropomorfizador del reflejo científico, esto es, a develar cual es el sí de los fenómenos estudiados y volverlos un para nosotros, al conocer sus cualidad, sus principales determinaciones y sus generalizaciones. Por el contrario, la verdad se vincula a una razón subjetiva (TONET, 2006), al ser el objeto una producción del sujeto.

En ese sentido, podría afirmarse que el campo posmoderno instala un nuevo idealismo vulgarizado, con elementos de un idealismo subjetivo y objetivo. Respecto al primero, se observa que en éste “[...] la conciencia se identifica con todas las formas de la conciencia individual” (LUKÁCS, 1975, p. 154), siendo una razón fenoménica que se centra en las capacidades y competencias del sujeto para conocer la realidad. La verdad es construida por el propio sujeto. No obstante, la posmodernidad radicalizaría dichos planteos, incluyendo al estructuralismo y su genealogía, llevando a que los mismos hechos sean sustituidos por interpretaciones y por fábulas que dependen de un consenso construido intersubjetivamente. Ni Lyotard ni Santos indagan acerca de cuáles son los factores externos que influyen en la construcción de este consenso.

No obstante, existe una línea implícita de idealismo objetivo, en un sentido vulgarizado, en el campo posmoderno, ya que un nuevo demiurgo de la realidad, un nuevo Espíritu, en el sentido hegeliano, trazó una posición teleológica y se habría ido objetivando a lo largo de la historia humana. Netto es quien advierte acerca de este aspecto, al referirse que se produce una entificación de la razón, ya que

[...] la razón es la responsable por las “falacias” que se revisten de carácter de las “promesas” de la Modernidad —el control optimizado de la naturaleza (que, de hecho, se revelaría como destrucción y vestíbulo de la catástrofe ambiental) y la interacción humana emancipada (que, en verdad, se mostraría como opresión y heteronomía). Es el movimiento de la razón moderna al que se le atribuye las realidades constitutivas de la sociedad urbano-industrial, con su cohorte de secuelas perjudiciales, de la opresión generalizada a vacíos mitos libertarios y a la destrucción de los ecosistemas (2004, p. 158).

Es decir, esta entificación de la razón oculta, por un lado, que la razón moderna, como parte de la programática del proyecto del Iluminismo, se encarnó dentro de una determinada forma histórica de socialidad que es el modo de producción capitalista. Con ello, el campo posmoderno tiende a velar el orden del capital y a culpabilizar a la modernidad y a su ratio por el incumplimiento de sus promesas. Ello se expresaría en Lyotard en los grandes relatos que justificaron los “horrores” de la modernidad o en la conversión en un segundo pilar de la regulación por parte de Santos. Por otro lado, se desconoce que la razón moderna en realidad quedó reducida a una racionalidad formal-abstracta, un razón instrumental, que cumple la función social de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y se emparenta con los procesos manipulatorios del capitalismo tardío.

Por ello, el campo posmoderno de celebración se vincula a una apologética directa que advierte que en una sociedad post-industrial o de comunicación de masas aún podría existir la desigualdad económica o política, pero que ésta estará en vías de resolverse cuando se expandan los juegos del lenguaje y la información, reduciéndose los problemas a una cuestión técnica o celebrando la toma de la palabra de “minorías” y grupos sociales oprimidos. Es decir, habría avances en estas nuevas resistencias que progresivamente se irán acoplando con el retroceso de las desigualdades económicas y políticas. Por su parte, Santos se liga más bien a un cierto anticapitalismo romántico, ya que realiza críticas pertinentes a la sociabilidad capitalista, pero sus salidas son de un socialismo utópico y oscilan entre la reforma de aspectos de la sociabilidad capitalista, la instauración de un nuevo Estado de Bienestar y la construcción desde los márgenes y las múltiples resistencias, ya que habrían muchas luchas y muchos sujetos. Por ejemplo, Santos propone la conformación de un nuevo Estado experimental como “novísimo movimiento social”, en cuanto “[...] relación política parcial y facturada, abierta a la competencia entre los agentes de la subcontratación política y por la que transitan concepciones alternativas del bien común y de los bienes públicos” (2006c, p. 49). Es decir, este “novísimo movimiento social”, que es el Estado, debe actuar en la “coordinación de múltiples intereses” y generando “igualdad de oportunidades”. Por ello, “El nuevo Estado de bienestar debe ser un Estado experimental y en la experimentación continua con una activa participación de los ciudadanos estará la sostenibilidad del bienestar” (Sousa Santos, 2006c, p. 55).

En ese sentido, la posmodernidad se constituye en un nuevo irracionalismo con ciertos atributos particulares. El primero de ellos, es que, a diferencia del irracionalismo conservador, éste se presenta con un carácter rebelde y trasgresor, “[...] basada en una fusión de ética de “izquierda” y teoría del conocimiento (ontología, etc.) “de derecha”” (Lukács, 1985, p. 291). En segundo lugar, el irracionalismo posmoderno se complementa con una lógica formal o con lo que se ha llamado una racionalidad formal-abstracta, fundando una nueva razón que no es una sola, sino múltiples y diversas. Esto se expresa en el tercer aspecto, entre la oscilación de la intuición, la vivencia y la subjetividad desobjetivada que conduce a un pensamiento abiertamente anti-ontológico, donde la realidad objetiva desaparece y sólo quedan representaciones, y la definición de reglas de juego, normas y legalidades necesarias para participar de los juegos del lenguaje o la “novísima retórica posmoderna”. Inclusive, la relación arte-ciencia, si en Schelling conducía a una superación de la ciencia a una intuición basada en el arte, aquí tiende a una fusión y combinación heteróclita entre ambas, llevando a una mezcla ficcional y no ficcional de una intuición posmoderna basada en interpretaciones subjetivas de una hiper-realidad. En cuarto lugar, el campo posmoderno termina en un excesivo relativismo al romper con la dialéctica entre lo relativo y lo absoluto. Si la verdad es un horizonte alcanzado en cada momento histórico y éste determina sus límites, esto

significa que el reflejo nunca es capaz de aprender en su total plenitud al objeto y que es factible de ser revisado y refutado. No obstante, el carácter relativo y aproximativo del conocimiento no cancela el aspecto objetivo del conocimiento. Por el contrario, el campo posmoderno llamaría de monocultura a la existencia de una verdad, habiendo múltiples verdades que disputan, en un juego de lenguaje, su legitimidad y su capacidad de adhesión, quedando en un segundo plano la capacidad objetiva que tienen estas versiones de conocer la realidad.

A continuación, se analizarán las principales implicancias que tiene el campo posmoderno para el Trabajo Social y particularmente cuáles son las principales implicancias teóricas, éticas y políticas en el modo en como estos autores conciben y realizan proposiciones en torno a la intervención profesional.

El campo posmoderno en Trabajo Social y sus proposiciones en torno a la intervención profesional

El surgimiento del campo posmoderno en el Trabajo Social argentino puede ubicarse a partir de 1994, en pleno auge neoliberal, momento en el cual ocurren dos acontecimientos fundamentales en la profesión: por un lado, la aparición del primer programa de posgrado en Trabajo Social del país, en la Universidad Nacional de La Plata y con convenio con la Pontífice Universidad Católica de San Pablo, lo que permitió la producción de un conjunto de tesis de maestría y de doctorado que hoy son materiales teóricos fundamentales en la profesión y, por otro, un progresivo declive en torno a las discusiones sobre la gerencia social y la consolidación progresiva de un mayor diálogo con las distintas vertientes de las ciencias sociales y la teoría social marxista. Es bajo esta égida que el campo posmoderno en Trabajo Social se va configurando.

Algunas de las producciones analizadas parten de un análisis particular acerca de la modernidad. Éste es el caso de A. Carballada, quien recuperando a Hobbes asume una visión contractualista de la sociedad, ya que ésta habría permitido salir de un “estado de naturaleza” del todos contra todos y produce un conjunto de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales. El autor, recalca que la modernidad trae consigo dos elementos fundamentales: el primero, un progreso indefinido, que “[...] apunta a valorizar lo nuevo o el cambio sobre lo antiguo o lo establecido [...] al trazarse una [...] idea lineal de progreso, ascendente, sostenido e ilimitado [...]” (CARBALLEDA, 2004, p. 35). El segundo, refiere a que la modernidad introduce el reino de la razón, concibiendo a ésta como una “[...] razón matemática, de manera cuantificadora e instrumental [...]” (CARBALLEDA, 2004, p. 35) que formula leyes invariables y constantes.

No obstante, estos tres aspectos de la modernidad se complementaría con un cuarto, que permanecería oculto, que refiere a la “[...] construcción de los instrumentos de coerción que se relacionarán con los bordes, los márgenes de ese contrato, en definitiva aquellos que quedaron fuera de la contienda [...]” (CARBALLEDA, 2002, p. 16). Este cuarto aspecto de la modernidad, su “lado oscuro”, tendría una “[...] finalidad más relacionada con el resguardo del orden establecido que con la transformación de la realidad” (CARBALLEDA, 2002, p. 44) y se materializaría en un conjunto de instituciones y prácticas sociales que, bajo el ropaje aparente de la emancipación, establecen el control, el dominio y la opresión de aquel “otro” que no accedió, o no quiso acceder, al mundo moderno.

El tutelaje de los “otros” al mundo moderno, para volverlos sujetos libres y racionales, instaura una “intervención en lo social” entendida como “[...] la preparación de un espacio en los márgenes de la sociedad, en el que el señalamiento de la anormalidad [...] determina que es lo normal y lo patológico” (CARBALLDA, 2008, p. 59). Es en esta “intervención en lo social” que se desnudaría este “lado oscuro” de

la modernidad, ya que el “[...] ideal de la emancipación dialoga de manera cercana con el terror y construye formas de hacer con una doble cara, coercitiva y libertaria” (CARBALLEDA, 2008: 60).

En síntesis, la “intervención en lo social” se estructura a partir de un conjunto de saberes clasificatorios que actúan sobre aquellos “otros” contruidos por dichas categorías, ya que, para Carballada, “El poder de los discursos [son] constructores de realidad” (2004, p. 16). En otras palabras, el sujeto de la práctica de la “intervención en lo social” es una construcción discursiva y simbólica, una forma de saber que forja discursos de verdad y prácticas de poder. En palabras del autor, se “[...] generan dominios de saber que imponen nuevos objetos, conceptos y técnicas de intervención que, en definitiva, construyen nuevos sujetos de conocimiento” (CARBALLEDA, 2002, p. 26). Así, lo social sería una cimentación discursiva que genera determinados sujetos de conocimiento, ya que “[...] lo social se construye a partir de imaginarios sociales, de representaciones [...]” (CARBALLEDA, 2002: 95).

Esto llevaría a ubicar al Trabajo Social como parte de aquellos dispositivos de poder-saber que son constitutivos de la “intervención en lo social”, al volverse necesaria una disciplina normativa capaz de actuar en el “afuera institucional”, en el cotidiano y los márgenes de la sociedad, surgiendo con la finalidad de reparar fracturas sociales (CARBALLEDA, 2004).

Antes de ingresar en las disquisiciones que el autor realiza en torno al Trabajo Social y la intervención profesional, es necesario plantear algunas observaciones críticas que emparentar al autor con el campo posmoderno en ciencias sociales.

En primer término, se observa que la concepción que Carballada posee en torno a la modernidad podría vincularse a las ciencias políticas, que, como parte de las disciplinas y profesiones que emergen desde 1848, tiende a separar y abstraer el ámbito de lo político y jurídico de lo económico, lo social y lo cultural. Esto lleva a perder de vista que en la sociabilidad capitalista se instaura un mundo dual, dado por la sociedad política, y el *citoyen*, y la sociedad civil, dada por el *bourgeois*, y, en el cual, el primero declara la igualdad y la libertad de todos los ciudadanos, pero en la sociedad civil se oculta la opresión, la desigualdad y la explotación. Esto significa que si sólo se analiza el aspecto jurídico-político de las relaciones sociales, éstas habrían declamado y alcanzado la igualdad y la libertad de todas las personificaciones (ciudadanos), pero cuando se analizan las mediaciones entre lo económico y lo jurídico-político se observa como “El contenido de tal *relación jurídica* o entre *voluntades* queda *dado* por la relación económica misma (MARX, 2002, p. 103).²

Esto permite vislumbrar porque para el campo posmoderno, y en particular para el autor en cuestión, la modernidad sería la “culpable” de los procesos de dominación y explotación, porque en vez de instaurar la libertad, la igualdad y la fraternidad, bases fundamentales del contrato social, lo que hace, en realidad, es todo lo contrario: efectivizar la desigualdad, la heteronomía y la opresión. En este punto, Carballada también incurre en una tendencia a “entificar la razón y la modernidad”, como si éstas fueran nuevos demiurgos que realizan (o no) determinadas finalidades y obnubilan que es el orden del capital, el modo de producción capitalista, el que imposibilita la realización de la emancipación humana.

En segundo lugar, advertir que la concepción que asume Carballada se encuentra imbuida también por el estructuralismo del saber-poder de Foucault,³ basada en una racionalidad formal-abstracta capaz de manipular, segmentar, dividir y clasificar ciertos fenómenos y hechos sociales, produciendo verdades que generan luego efectos de poder. Esto conduce a una nueva especie de idealismo que, al reducir la realidad a símbolos y discursos que engloban todo, considera que el propio ser, la realidad y la subjetividad son construcciones del lenguaje (MACNALLY, 1999). Dicho aspecto aparece claramente en Carballada cuando éste señala que “[...] la sociedad se construye a partir de discursos, y es por eso que lo social es considerado como una forma de “habla”, y es posible acceder a sus relaciones intersubjetivas” (2008, p. 86).

Así, Carballada vincula al Trabajo Social con la episteme, entendida, desde Foucault, como una “[...] amalgama de categorías y saberes que conforman la apertura y cierre de conocimientos” (2007, p. 48), en

la medida en que en la práctica cotidiana “[...] se presentan, emergen, desaparecen y quedan latentes determinados enunciados, categorías, marcos teóricos y corrientes epistemológicas” (2007, p. 49).

Esta “entificación de la razón”, que mediante los dispositivos de saberes genera sujetos de conocimiento sobre la cual intervienen instituciones que producen efectos de poder, sería la que explicaría el origen de la “intervención en lo social” y del Trabajo Social. La relación entre el saber y la “intervención en lo social” se dilucida cuando Carballeda (2004) identifica los momentos históricos que atraviesa, existiendo varias etapas, como por ejemplo el surgimiento de la modernidad, el desarrollo de la ilustración, el influjo positivista, entre otros.

Esto trae aparejado, como tercer elemento, un conjunto de consecuencias en el modo de concebir la “intervención en lo social” y la génesis del Trabajo Social, ya que la misma cae en una visión determinista, al ser la razón y la modernidad un nuevo espíritu, demiurgo o teleología que actúa bajo todos los poros y espacios de la vida social, desapareciendo las relaciones sociales fundadas por los hombres, basadas en la desigualdad y la explotación, que son sustituidas por dispositivos de saber-poder fundados por una razón omnipotente que establece sobre que intervenir y como clasificarlo. Esto genera un anti-humanismo, no sólo porque los sujetos son una construcción discursiva que actúan mediante dispositivos institucionales sobre los cuerpos de los individuos, sino también porque frente a una razón disciplinadora y una modernidad entificada los hombres a penas pueden realizar el decurso por éstas establecido. Finalmente, esta visión teórica instaura una nueva especie de endogenismo, en la medida que son los dispositivos de saber lo que vuelven necesario al Trabajo Social, siendo el saber el aspecto fundante de las relaciones de poder y sus consecuentes materializaciones en instituciones, prácticas, etc.

Estos supuestos iniciales en la obra de Carballeda (2006, 2008) coincidirían con el diagnóstico de época que el autor hace en torno a la contemporaneidad. La misma, estaría pasando por una transición desde una sociedad disciplinada a otra de control, cuyo principal mecanismo está establecido por el mercado. De igual modo, el autor destaca la crisis que atraviesa la modernidad, ligada al “progreso indefinido”, la técnica y la razón, que, en esta última, refiere a los “metarrelatos”. Con lo cual, lo que prima en la sociedad contemporánea es la ruptura de la totalidad y del lazo social y la aparición de la fragmentación, producto de la “[...] falta de pertenencia a un todo (social)” (CARBALLEDA, 2002, p. 51).

Este escenario trae consigo nuevos desafíos para el Trabajo Social, ya que se habría producido la crisis de las “poblaciones homogéneas” sobre las que se intervenía y de las “modalidades clásicas de actuación profesional” (CARBALLEDA, 2008). Esto conduciría a que predomine en la actualidad las formas heterogéneas y diversas, como si se pasara de una realidad a una implosión de realidades, ya que “[...] la “verdad” de la vida social se encuentra en la subjetividad de sus participantes” (Carballeda, 2002, p. 96).

La centralidad de la subjetividad en la intervención profesional va a coincidir con la concepción que asume Carballeda en torno al Trabajo Social, al considerar que la profesión se ubica

[...] dentro de la economía de servicios, lo que significa que los medios de la intervención y de la supervisión son simbólicos. Elaborados a través de discursos, representaciones y diferentes formas de interacción, en una actividad de orden reflexivo orientada a la resolución de dificultades, generando una serie de inscripciones e impactos en la construcción de subjetividad (2007, p. 20-21).

Esta posición asumida por el autor tendrá un conjunto de repercusiones en el modo de concebir la intervención profesional. En ésta, no sólo predomina una visión inmaterial de las relaciones sociales y del quehacer profesional, como si lo material fuera lo natural y lo “social” inmaterial,⁴ sino que se complementa con una creciente semiologización de lo real, ya que el lenguaje es el aspecto determinante de lo social y de la realidad. Sobre esto, Carballeda señala que a partir de las discusiones ocurridas en la década del sesenta el lenguaje deja de ser un medio y pasa a ser “[...] considerado capaz de construir tanto al yo como la realidad” (2002, p. 59). La centralidad del lenguaje orienta y guía cual es la finalidad de la intervención profesional, en la medida que el accionar profesional debe estar dirigido a promover

[...] la necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad, a la vez que recupera la importancia de los vínculos de esos sujetos con otros, buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construye discursivamente como hegemónico. Una alternativa de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real (CARBALLEDA, 2002, p. 111).

Es decir, el Trabajo Social debe apuntar a “[...] buscar puertas de salida o de líneas de fuga en relación con las estratificaciones sociales opresivas” (CARBALLEDA, 2008, p. 44), pero el modo en que lo hace es trabajando en torno a las simbolizaciones y representaciones que los individuos poseen, ya que la intervención de los trabajadores sociales es “[...] algo que no transforma ni agrega, sino como un dispositivo que “hace ver” aquello que ese otro tiene [...] como una posibilidad de construcción de una enunciación diferente de lo que se presenta dentro del espacio-tiempo de la intervención” (CARBALLEDA, 2008, p. 44).

Con ello, se produce un doble reduccionismo: el primero, referido a concebir los problemas sociales apenas como resultantes de las representaciones, signos, símbolos e imaginarios que portan las subjetividades, como si éstos no tuvieran un asidero ni mediación con las relaciones sociales y con un modo de organizar el metabolismo social. El segundo, es que se considera que la intervención profesional debe interpelar dichas representaciones, no siendo necesario “[...] la búsqueda de causas, sino de entender motivaciones [...]” (CARBALLEDA, 2006, p. 139) y, mediante esto, promover nuevas representaciones y enunciaciones lingüísticas sobre los problemas.

Si bien Carballada reconoce la existencia de una dimensión “extra-discursiva”, lo real es que, para el autor, la intervención profesional en Trabajo Social se centra en la dimensión discursiva y al producirse la ruptura con la totalidad, y la consecuente aparición de los fragmentos, y predominar una verdad subjetiva, que es correspondiente a cada individuo y a la heterogeneidad reinante, esto conduce a una “psicologización de la cuestión social” (NETTO, 1997), en el cual, los problemas sociales pierden sus rasgos colectivos y sociales para ubicarlos en el plano individual, ya que a partir de la modificación o cambio de determinadas características personales del individuo este puede resolver su situación problemática. Con ello, reaparece una mirada idealista de la realidad, ya que se invierte aquella afirmación de Marx (2004) de que no es la conciencia la que determina al ser social, sino que es este último, el ser social, quien determina la conciencia. Al otorgarle centralidad a las representaciones y a los imaginarios simbólicos colocan en ellas el elemento central que mantiene cohesionada a la sociedad.

Así la finalidad de la intervención profesional, desde una visión posmoderna, busca leer la realidad como un relato intertextual, debiéndose indagar en ella las motivaciones subjetivas de los comportamientos individuales, ya que no existe en la realidad ninguna causalidad. Como afirma Ortiz, con este tipo de intervención se “Restituye en nuevos discursos y prácticas el apelo al individualismo materializado en la auto-ayuda, en la autoestima, a la forma en detrimento del contenido, al holismo en sustitución de la universalidad y la verdad en nombre del “punto de vista” o del “mirar” (2007, p. 27).

Por su parte, se identificó en la obra de S. Malacalza algunos elementos que podrían ubicarse dentro del campo posmoderno, pero, a diferencia del autor anteriormente analizado, la intensidad y desarrollo de los mismos se encuentran en menor intensidad.

En ese sentido, Malacalza (2000) advierte que el capitalismo instauró un modo de producción que trajo consigo un imaginario social influenciado por la revolución francesa (libertad, igualdad, fraternidad) y un Estado capaz de expandir el dominio racional en la vida social. No obstante, serán estos imaginarios sociales los que cohesionan y mantienen unida a una sociedad y éstos, en la actualidad, se encontrarían bajo una crisis estructural, imposibles de ser reformados, y la misma sería “[...] una crisis de las significaciones imaginarias sociales. La red institucional a perdido su significación y está funcionando sobre la base de imaginarios sociales construidos en otro momento histórico” (MALACALZA, 2000, p. 82).

De este modo, la crisis contemporánea, de los esquemas referencias operatorios de la sociedad, se vincularía a la crisis de los significados imaginarios, en la medida que son éstos los que actúan en la “[...] construcción, mantenimiento y cambio del orden de la sociedad” (MALACALZA, 2000, p. 37). Las instituciones, en tanto creadoras de los significados imaginarios, son las constructoras de las “[...] metáforas con las que vivimos y las referencias intelectuales con las que intentamos cambiar la sociedad” (MALACALZA, 2000, p. 38). Esta centralidad colocada en las instituciones, y su consecuente crisis contemporánea, será explicitado por Malacalza cuando observa que

[...] lo que une a una sociedad es la institución, es decir, las normas, los valores, el lenguaje y los procedimientos y métodos de hacer cosas y de hacer frente a las cosas. Es la institución la que convierte al ser humano en individuos sociales ya que somos fragmentos ambulantes de la institución de nuestra sociedad (2000, p. 38).

En otras palabras, son las instituciones las que transmiten las significaciones imaginarias de la sociedad y permiten mantener cohesionada a una determinada sociedad. Según Malacalza “[...] la red simbólica que opera en la institución, le otorga funcionalidad, es decir, le permite el funcionamiento cotidiano, pero dicha funcionalidad esta orientada en casa momento por el imaginario social” (2000, p. 79).

La crisis de las instituciones y de los imaginarios sociales denotaría el ingreso a un nuevo período histórico, que pondría en jaque y en cuestionamiento a la modernidad. No obstante, esto se produce no por un cambio en la dinámica de las relaciones sociales, sino porque las significaciones imaginarias entran en crisis. Aquí, nuevamente aparece reflejada la tendencia a la entificación de ideas y representaciones que determinan la vida humana, como si la crisis de los imaginarios fuera el momento predominante respecto al ser y sus objetivaciones y éstos sean lo que mantienen unido y cohesionado a una determinada forma de sociabilidad.

Esto llevaría a un proceso creciente de exclusión, en la medida que se impele a los individuos a un “[...] consumo ilimitado de productos [...] mientras que la realidad cotidiana lo sumerge en un aislamiento cada vez mayor y a un desapego de la actividad cultural y de los poderes políticos” (MALACALZA, 2000, p. 16). Esta “sociedad consumista” coincidiría históricamente en el cuestionamiento a ciertos valores de la modernidad, como la “[...] la socialización construida en la sociedad moderna, donde la dimensión del trabajo era uno de los aspectos articulantes, pierde en la contemporaneidad su significación generando en los sujetos [...] incertidumbres, inseguridades y pérdida de sentido de la vida” (Malacalza, 2000, p. 16).

Para la autora, esto habría traído aparejado la necesidad de desprenderse del “pensamiento heredado” para poder captar la complejidad, ya que la realidad es “[...] constitutivamente opaca, compleja e imposible de descomplejizar a efectos de clasificarla” (MALACALZA, 2000, p. 23). Con ello, la ciencia debe apuntar a captar el magma, aquello que no podemos “[...] pensarlo como unidad de una pluralidad en el sentido habitual de los términos [...] sino [...] una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto” (CASTORIADIS, in MALACALZA, 2000, p. 71).

Este pasaje ilustra con suma claridad una de las cualidades centrales que adquiere el modo de aprender la realidad para la autora: la diversidad y complejidad se oponen a la unidad y si bien esto no llevaría al caos, si conduce a un sinfín de fragmentos, partes o “magmas”. Así, no sólo se rompe con una visión de totalidad que analiza a sus partes, que son totalidades, en el marco de sus mediaciones con totalidades de mayor o menor complejidad, sino que se desconoce que unidad y diversidad no son antagónicas, que en la diversidad hay una unidad, una “[...] síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso” (Marx, 1971, p. 21).

En ese sentido, Malacalza ubica al pensamiento de Castoriadis, y a las reflexiones precedentes, en el marco del deconstructivismo, esto es, como parte del post-estructuralismo. Según la autora, citando a Peñalver,

Desconstruir parece significar ante todo: desestructurar o descomponer, incluso dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un determinado sistema o de una secuencia histórica; también des-sedimentar los estratos de sentido que ocultan la constitución genética de un proceso significativo bajo la objetividad constituida y, en suma, solicitar o inquietar, haciendo temblar su suelo, la herencia no-pensada de la tradición metafísica (PEÑALVER IN MALACALZA, 2000, p. 26).

No es casual que Malacalza proponga “deconstruir” uno de los logros fundamentales de la modernidad: la categoría sujeto. Para la autora, las ciencias sociales deben “[...] romper con la categoría de “sujeto” como unidad racional y transparente. Esta conceptualización implica otorgar un significado homogéneo a todos los terrenos de la conducta del sujeto” (MALACALZA, 2003, p. 49). Este planteo guarda coherencia con los señalamientos de Castoriadis, para quien no existe una oposición entre el individuo y la sociedad, ya que el primero es una creación social del segundo, sino entre psique y sociedad. Acerca de esta relación, Malacalza advierte que el colectivo anónimo crea las instituciones y éstas socializan a la psique. Esta cadena es lo que permite concebir que

Si en su primer aspecto [...] la imaginación radical le crea al ser humano singular un mundo propio “genérico”, un mundo lo suficientemente compartido con los demás miembros de la especie humana, en su segundo aspecto, el aspecto propiamente psíquico, crea un mundo propio singular [...] este “interior” es el que posibilita y condiciona primero un distanciamiento con relación al mundo considerado como meramente dado y en segundo lugar, una posición y disposición activa y actuante respecto de ese mundo. Representación, afecto e intención son al mismo tiempo principios de formación del mundo propio y principios de distanciamiento respecto de ese mundo y de acción sobre él (Castoriadis in Malacalza, 2000: 90-91).

Si bien la Malacalza (2000) advierte que el posicionamiento de Castoriadis no es ni idealista ni subjetivista, la salida a lo instituido, a través de lo instituyente, se produce a partir de la psique, del “aspecto interno”, en cuanto representación, afecto e intención que permite una distancia con lo “dado”, es decir, con el “mundo externo” y social del individuo. De este modo, la psique, como mundo interno, es el ámbito de refugio del individuo frente a lo instituido, que puede ser subsanado mediante una imaginación radical. Según la autora, la intervención profesional tiene por finalidad generar espacios de autonomía en una sociedad fuertemente heterónoma.

Así, el trabajador social puede promover como finalidad de su intervención profesional la construcción de imaginarios radicales que amplíen la autonomía, cuestión que “[...] consiste en la aparición de un ser que cuestiona su propia ley de existencia, de sociedades que cuestionan sus propias instituciones, su representación del mundo, sus significaciones imaginarias sociales” (MALACALZA, 2000, p. 39). En ese sentido, se construye una “autonomía imaginaria” destinada a transformar los imaginarios y representaciones del “mundo interno” de un individuo.

Estos planteos, permiten dilucidar la incorporación por parte de Malacalza de algunas discusiones en torno al campo posmoderno en las ciencias sociales. Sintéticamente, pueden enumerarse los mismos:

- a) **una concepción entificadora de la realidad con sustrato idealista:** ya que para la autora son las representaciones imaginarias las que mantienen cohesionadas la sociedad y los individuos habrían incorporado a éstas mediante su socialización en las instituciones, siendo meros “ejecutores de las mismas”;
- b) una concepción de “cambio de etapa” ligada a la **crisis de las significaciones imaginarias propias de la modernidad:** la libertad, la igualdad y la fraternidad y la concepción de un Estado capaz de expandir el dominio racional;

- c) **La complejidad como diversidad no unificable:** se plantea lo heterogéneo vs. lo homogéneo, como si lo último, que representaría lo universal y general colonizara lo primero, lo singular y diverso, rompiendo, de este modo, cualquier dialéctica entre lo particular y lo general y la unidad entre los mismos (una diversidad no susceptible de conjunto);
- d) una incidencia del **deconstructivismo**, que lleva a dislocar las estructuras que sostienen la arquitectura conceptual de un sistema, siendo la “herencia no pensada” o aquella capa no reconocida por la modernidad y su razón moderna;
- e) una **desubstancialización del sujeto:** el sujeto es un mero resultado pasivo de las instituciones, con lo cual, la psique es el verdadero rival de las instituciones y lo instituido. De ese modo, la finalidad de la intervención, y de cualquier propuesta “superadora” desde esta óptica, estaría en construir una autonomía imaginaria en la psique.

Consideraciones finales

Las consideraciones hechas en este trabajo han intentado dar cuenta de cómo el campo posmoderno se ha introducido en el Trabajo Social, asumiendo el conjunto o algunos de sus enunciados, como el carácter fragmentado de la realidad, existiendo realidades y no una realidad como totalidad, en la que el lenguaje, los imaginarios y las representaciones se constituyen en momentos que se coagulan respecto a la praxis humana, volviéndose la capacidad de enunciar e imaginar distinto el camino de salida y de escape no sólo a una realidad compleja, opaca y oscura. Así, no sólo se cae en un vulgar idealismo que combina aspectos del idealismo objetivo y subjetivo, cuyo momento predominante es este último, sino que se convierte en un pensamiento y acción de capitulación que, de espaldas a la realidad objetiva, se refugia en una subjetividad y en un conjunto de representaciones e imaginarios que pueden transformarse plenamente sin ningún tipo de trabas ni dificultades, ya que la materialidad, sea natural o social, fue un mito de la modernidad que ha sido dejado atrás en la actualidad.

Es por ello que el campo posmoderno en Trabajo Social queda aprisionado en la inmediatez, en el horizonte de la intervención profesional ligado al cotidiano, lo que genera que las respuestas profesionales se vuelvan un accionar táctico incapaz de articularse con estrategias más amplias de mediano y largo plazo. Así, se encubre una nueva forma de intervención profesional dirigida a lo individual, cuyo foco está en las representaciones y significaciones de una subjetividad vacía separada de la totalidad. Como diría Netto, esto conduce a una intervención no sólo anti-ontológica, al desaparecer la realidad objetiva, sino a una de carácter idealista, ya que trabajando las representaciones se acabarán los problemas sociales. Ejemplificando esto, el autor observa: “Trabajan la representación del hambre y creen con ello que resuelven el problema del hambre mismo”.

Bibliografía

- ANDERSON, Perry. **Los orígenes de la posmodernidad**. Barcelona: Editorial Anagrama, 1998.
- CALLINICOS, Alex. **Contra el postmodernismo**. Bogotá: El Áncora Editores, 1993.
- CARBALLEDA, Alfredo. **La intervención en lo social**. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002.
- _____. **Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad**. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2004.
- _____. **El trabajo social desde una mirada histórica centrada en la intervención**. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2006.
- _____. **Escuchar las prácticas**. La supervisión como proceso de análisis de la intervención en lo social. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2007.

- _____. **Los cuerpos fragmentados**. Buenos Aires: Editorial Padiós, 2008.
- EAGLETON, Terry. **Las ilusiones del posmodernismo**. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1997.
- FEATHERSTONE Mike. **Cultura de consumo y posmodernismo**. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2000.
- HARVEY, David. **La condición de la posmodernidad**. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004.
- JAMESON, Frederic. **Periodizar los 60**. Córdoba: Alción Editora, 1997.
- LESSA, Sergio. **Trabalho e proletariado no capitalismo contemporâneo**. São Paulo: Cortez Editora, 2007.
- LUKÁCS, George. **El asalto a la razón**. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.
- _____. **Estética**. México: Editorial Grijalbo, 1966.
- _____. **La crisis de la filosofía burguesa**. Buenos Aires: La Pléyade, 1975.
- _____. **Per l'ontologia dell'essere sociale**. Roma: Editori Riuniti, 1981.
- _____. **El alma y las formas**. Teoría de la novela. México: Editorial Grijalbo, 1985.
- LYOTARD, Jean François. **La condición postmoderna**. Buenos Aires: Editorial Planeta Agostini, 1991.
- _____. **La posmodernidad (explicada a los niños)**. Barcelona: Gedisa Editorial, 1996.
- MACNALLY, David. Língua, histórica e luta de classe. In: WOOD, Ellen; FOSTER, John (Comp.). **Em defesa da história: marxismo e pós-modernidade**. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editores, 1999.
- MALACALZA, Susana. **La autonomía del sujeto**. Dialogo desde el Trabajo Social. BuenosAires: Espacio Editorial, 2000.
- _____. **Desde el imaginario social del siglo XXI: repensar el Trabajo Social**. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2003.
- MARX, Karl. **Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador 1857-1858)**. (Grundrisse). Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1971.
- _____. **El Capital**. T. I. V. I. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002.
- _____. **Introducción general a la crítica de la economía política/1857**. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2004.
- NETTO, José Paulo. **Lukács e a crítica da filosofia burguesa**. Portugal: Seara Nova, 1978.
- _____. **Crise do socialismo e ofensiva neoliberal**. San Paulo: Cortez Editora, 1993.
- _____. Transformações societárias e Servicio Social. **Serviço Social & Sociedade**, São Paulo, Nº 50, p. 87-132. 1996.
- _____. **Capitalismo monopolista y servicio social**. São Paulo: Cortez Editora, 1997.
- _____. **Marxismo Impenitente**. São Paulo: Cortez Editora, 2004.
- NETTO José Paulo; BRAZ Marcelo. **Economía política**. Uma introdução crítica. São Paulo: Cortez Editora, 2007.
- ORTIZ, Fátima. Desafios contemporâneos para o Serviço Social: algumas considerações. **Libertas**, Juiz de Fora, V. 2, N. 1, p. 1-31. 2007.
- SOUSA SANTOS, Boaventura de. **Introdução a uma ciência pós-moderna**. São Paulo: Edições Graal, 1989.
- _____. **A crítica da razão indolente: contra o desperdício da experiência**. São Paulo: Cortez Editora, 2002.
- _____. **De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad**. Bogotá: Edición Uniandres, 2006a.
- _____. **Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social**. Buenos Aires: CLACSO, 2006b.
- _____. **Reinventar la democracia: reinventar el Estado**. Buenos Aires: CLACSO, 2006c.
- TONET, Ivo Modernidade, pós-modernidade e razão. **Temporalis**, São Paulo, Año 5, N. 10, p. 1-15. 2006.

¹ En su desarrollo, Lyotard distingue dos metarrelatos principales, cuyo rasgo común, aunque con amplias diferencias, es asumir la cuestión de la totalidad, sea ésta cerrada o dialéctica: “[...] la sociedad forma un todo funcional, la sociedad está dividida en dos. Se puede ilustrar el primer modelo con el nombre de Talcott Parsons (al menos, el de la postguerra) y de su escuela; el otro con la corriente marxista [...] Este corte metodológico que determina dos grandes tipos de discursos sobre la sociedad proviene del siglo XIX. La idea de que la sociedad forma un todo orgánico [...]” (1991, p. 22).

² Cuando se observa la circulación aparece que la libertad es abstractamente libre, se puede hacer lo que se quiera con una mercancía, se puede dominarla. Pero cuando se analiza el contenido de esa relación, ésta es una voluntad libre que posee como contenido la alienación, ya que se debe personificar la mercancía y establecer un vínculo directo de cambio con otro poseedor de otra mercancía. Esta relación se hace en nombre de la mercancía y no del poseedor de la misma. De allí la cosificación de las relaciones sociales y el dominio de las mercancías sobre éstas.

³ El estructuralismo, en su vertiente textualista o de saber-poder, desarrolla ciertos aspectos que serán recuperados por la posmodernidad: a) la centralidad de los discursos y el lenguaje; b) la crítica a la razón moderna como razón totalizadora; c) la celebración de las resistencias marginales; d) la fusión entre un lenguaje no discursivo que incorpora dimensiones propias de la estética. Sobre esto, ver Callinicos (1993).

⁴ Sobre este punto, apenas destacado aquí, ver Lessa (2007).